

parte alguna al país originario de los arios, ni aun refiriéndose, serían muy de tener en cuenta; pues como ya ha sido notado, la redacción del *Bundehesch* se coloca en el siglo VII de nuestra era, época en la cual los persas no sólo no eran capaces de determinar el primitivo tronco ariano (anterior en miles de años) y su territorio, sino que ni aun conocían los orígenes persas, ni los de la rama europea correspondiente (1).

Al lado del argumento de las *tradiciones* viene á colocarse otro tomado de los orígenes helénicos y de la denominación con que los griegos fueron conocidos en la antigüedad, que puede reducirse á lo siguiente: los griegos fueron apellidados universalmente en todo el antiguo Oriente Ἴωνες, designándose así todo aquel pueblo con el calificativo peculiar de los jonios. Ahora bien, después de las diversas investigaciones realizadas sobre los orígenes de éstos, resulta hoy indudable que antes de la fundación en el Asia Menor de las colonias jónicas, las poblaciones de aquellos puntos eran ya jónicas también, sin que sea posible asignar á la estirpe jonia otro más antiguo origen; y Curtius ha venido á confirmar esto con su *Die Jonier vor der jonischen Wanderung* de una manera bien precisa. Pero dada la existencia asiática de los jonios antes de instituirse las colonias jónicas, nada obsta, como quiere el mismo Curtius, y otros muchos con él, que pudiesen hallarse igualmente las demás estirpes griegas; y eslabonados los griegos con los tracios, como éstos con los frigios, la representación de los jonios viene á ser la correspondiente á un núcleo de transmisión asiática hacia Europa, y vínculo de la unión indo-europea que se busca. En confirmación de esta derivación asiática de los *jonios* aparece que este nombre antiguamente

---

Harlez en su sabia *Introducción* al Avesta, ya vino á convenir en general en la redacción relativamente moderna de éste, sin que haya parte alguna del mismo que pueda remontarse más allá del siglo V antes de nuestra era. (Harlez, *Avesta, traduit du texte zendé*, Introd.)

(1) Es de notar, por otra parte, que las afirmaciones del *Bundehesch* están en oposición con las del *Fargard I* mencionado arriba, del *Vendidad*. Donde éste nos dice que la región *airyana* tiene diez meses de invierno y dos de estío (*Avesta*, cap. I, 9-12), aquel atribuye á la región á que alude siete meses de estío y cinco de invierno. (*Bundh.*, cap. XXV).

dado á todos los griegos, como hemos dicho, es conocido de todos los pueblos antiguos, sin que sea posible suponer que los hayan recibido todos ellos de los griegos mismos. El *Juna* de los persas, *Junan* de las inscripciones egipcias, *Javan* de los hebreos, *Yavanas* de los indios, son equivalencia de los Ἴωνες (Ἰάωνες Ἰάφωνες, con el *digamma*); y todas estas variantes, aun concedido que la egipcia, la persiana y la hebrea hayan provenido del griego Ἴωνες, no pueden decirse originadas por influencias griegas; las cuales en manera alguna existieron entre indios y helenos en la remota antigüedad á que corresponden. Resta, pues, tan sólo que el *Yavanas* indio sea un nombre de origen estrictamente sánscrito (en la etimología de la palabra no todos están conformes), con el cual se designaron los pueblos que, puestos dentro de los confines del antiguo indo-europeo, vinieron luego á constituirse independientes, conservándose en Asia el recuerdo en el nombre de aquellas gentes, de las cuales salieron luego los *jonios* de que nos ocupamos.

Fácil es contestar á una y otra forma de argumentación que se encierra en lo expuesto. Contra la primera, ó sea contra el origen asiático de los *jonios*, y con ellos de toda la estirpe griega, es de notar que las antiguas poblaciones del Asia Menor no fueron de estirpe aria, y que consiguientemente las influencias por aquellas, sin duda, ejercidas en Europa, en la remota edad á que nos referimos, fueron todas extrañas al indo-europeo y de carácter anario; que el Asia Menor entró por esto mismo en tiempos relativamente recientes en el conjunto indo-europeo, y que lejos de recibir la influencia aria de la rama asiática, recibióla de Europa mediante la acción de la Frigia y de la Armenia, cuyos habitantes pasaron al Asia Menor. Es esto lo que ya antiguamente atestiguaron Heródoto y Estrabón, y lo que, entre otros datos, vienen á confirmar decididamente las investigaciones lingüísticas, por las cuales aparece que el armeno y frigio, á pesar de su aspecto eranizado, se eslabonan fonética y léxicamente á la familia europea mucho más estrechamente que á la rama india é indo-erania, como hace ver Hübschmann, entre otros, en sus *Armenische Studien*. Por otra parte, si el Asia Menor hubiera sido la transmisora á Europa de la grande y poderosa corriente aria, que dominó

nuestro continente, sería verdaderamente inexplicable cómo extendiéndose por las diversas regiones, consiguió borrar casi totalmente los vestigios de las poblaciones prearias en todas ellas, y sin embargo, no produjo igual efecto en esa misma región asiática, que debiera haber experimentado en primer término su influjo de un modo incomparablemente más intenso que pueblo alguno europeo. Por el contrario, las huellas de su paso á través de aquella región apenas serían perceptibles, comparadas con las que ha impreso en los demás pueblos. Hemos indicado en la primera parte de esta obra (p. 355, sigts.), las varias opiniones á que han dado lugar las lenguas prehelénicas del Asia Menor, las cuales, á pesar de los esfuerzos realizados, no han podido hacerse entrar en el grupo ario, ni hoy, como entre otros muchos sostiene Kretschmer (*Einleit.* etc.—*Die kleinasiatischen Sprachen*) y hemos dicho también, pueden estimarse en manera alguna reducibles. Los Carios, los Licios, los Cilicios, los Capadocios, así como los Lidios, Misios, Liccaonios y otros pueblos congéneres, han superado la influencia aria, y quedan á un tiempo como muestra anaria de un tipo primitivo lingüístico, probablemente ramificado á través de la Siria y del Asia Menor, y de las consiguientes débiles influencias indo-europeas. Las regiones de la Armenia, rodeadas y ocupadas de gente anaria por lo menos hasta el siglo VIII a. J. C. como lo demuestran las inscripciones de Van, no permiten conjeturar, á su vez, sirviesen de tránsito para un enlace glotológico indo-europeo, habiendo estado además largo tiempo, como sostiene Meyer (*Geschichte d. Alterthums*) impedidos sus moradores de todo inmediato contacto con los eranos, por la interposición de los Alarodes. Finalmente, las tradiciones, cultura y palabras primitivas en el territorio helénico no acusan influjo asiático alguno, mientras conducen á confirmar la hipótesis antes señalada de haber sido *arianizada* el Asia Menor mediante la Armenia.

Por lo que hace al nombre sánscrito *Yavanas*, aplicado á los Jonios ó Griegos, es indudablemente de importación extraña, como la denominación egipcia, persa, hebrea, y relativamente moderna, pues sólo aparece en el Ramayana y en el código de Manú, cuya composición es posterior á las incursiones helénicas en la India, y data de tiempos muy posteriores á la lite-

ratura védica, donde es aquel nombre desconocido. Probablemente, como quiere Weber, no es dicha denominación *Yavana* más que una pequeña variante de la forma *Ja-una*, que aparece en las inscripciones persas.

Prescindiendo de relaciones antropológicas más ó menos conjeturales entre pueblos y pueblos con las cuales se ha intentado llegar (como mediante la corriente germánica) á los orígenes asiáticos, y que el mismo jefe de la hipótesis asiática Pictet, cree procedimiento aventurado y lleno de peligros, resta mencionar el argumento glotológico, el cual fué considerado por no pocos como la mejor prueba posible en la materia, no dudando muchos con Sayce tenerla por capital en favor de la opinión asiática. Fúndase esta argumentación en que confrontadas las lenguas arias de Asia y de Europa, la Filología comparada descubre en las primeras el tipo más antiguo y por lo mismo más genuino del tronco indo-europeo, hasta el punto de que en un principio la lengua sánscrita se creyese madre de las europeas; y dado que las alteraciones glotológicas acentúanse tanto más cuanto mayor es el alejamiento de los idiomas del centro de donde provienen, síguese que el tronco ario viene de Asia, y en Asia y no en Europa ha de colocarse la cuna de la familia indo-europea.

Este razonamiento, tan repetido por los partidarios de la hipótesis asiática, tiene su base convencional y gratuita, como hoy reconoce la crítica glotológica, y es por lo mismo medio ineficaz al fin que se persigue. Dos son, en efecto, los fundamentos en que se apoya: uno la antigüedad mayor de la rama lingüística asiática, y otro la alteración lingüística en razón directa de la expansión de los idiomas; de los cuales principios ninguno es verdadero.

Que la alteración glotológica no pueda apreciarse por la difusión de una lengua entre pueblos diversos, es cosa que debe reconocer todo el que advierta que el hecho material de la *extensión* lingüística es uno de los factores menos importantes de las variantes dialectales, y que de hecho pueden señalarse no pocos idiomas europeos que conservan mejor su carácter arcaico fuera de la región de su origen que en su propio territorio. Así, en muchos casos, no sólo no es verdad que la alteración lingüística esté en razón directa de la ex-

pansión de los idiomas, sino que es justamente exacto lo contrario, ó sea que la expansión de los idiomas está en razón inversa de la alteración glotológica; y la razón de ello, como hemos visto en otro lugar hablando de la formación del *latín vulgar* (*Prim. parte*, 347), está en que el medio social á donde se traslade un idioma, puede ser tal por natural condición de los individuos que lo constituyen, ó de su organización colectiva, ú otras circunstancias, que obste mucho más á las alteraciones fonéticas y morfológicas, que el medio social en el cual aquella lengua se hubiese formado; y si á esto se añade que la alteración y contaminación de formas se hace tanto más difícil cuanto mayor diferencia exista entre una lengua y las que la rodean (lo cual naturalmente ha de efectuarse más en regiones apartadas que en la misma de origen de la lengua), tendremos que es insostenible de todo punto el principio que se invoca por los partidarios de la hipótesis asiática. Esto en cuanto á la verdad abstracta del pretendido principio; porque en concreto y aplicado á las lenguas arias, no puede decirse que ellas se hayan hecho europeas por expansión alejada de su centro, mientras no se pruebe que este centro se halla en Asia, y sería un *círculo vicioso* pretender que las lenguas arias tienen origen asiático porque las europeas son su *extensión*, probando luego que son tal extensión las europeas, porque las lenguas arias tienen origen asiático. Tampoco puede decirse en concreto, según vamos á demostrar, que los idiomas ario-europeos sean los más alterados, y menos antiguos; por consiguiente, ó ha de negarse que una lengua se altera á medida que se aleja de su origen, lo cual es destruir el principio sentado con las lenguas mismas á que se intenta aplicar, ó ha de reconocerse que las lenguas ario-europeas no se han alejado del lugar de su procedencia, que es destruir la tesis asiática que se intenta defender. Veamos ahora de examinar el otro principio invocado.

Desde el momento en que la rama asiática no puede tomarse por el tipo del tronco ario, su antigüedad no es absoluta, sino relativa á sus formas conservadas comparativamente á las que podemos estudiar en otros idiomas, y mediante la cual comparación restituimos estos idiomas á las formas de otra edad; por eso puede acontecer, y en el orden

común de evoluciones lingüísticas es lo natural, que sean lenguas más antiguas dentro de cada grupo, aquellas que en igualdad de circunstancias han sufrido más transformaciones, y se ofrecen, por lo tanto, más alteradas y menos conservadas en su tipo primitivo. Lo que prueban, pues, las formas arcaicas de una lengua relativamente á las menos arcaicas de otra lengua del mismo grupo, es que en las segundas ha debido existir una etapa análoga á las que representan las formas arcaicas de la primera, con la diferencia de que las unas se han conservado y las otras han desaparecido, utilizándose así las conservadas para reconstruir en cuanto quepa el tipo de las desaparecidas; pero nada absolutamente arguyen aquellas formas más antiguas contra la antigüedad de la lengua que sólo puede ofrecerlas más modernas, antes pudieran ser éstas, como queda dicho, signo de una antigüedad lingüística mayor todavía. Lengua *más antigua*, por consiguiente, en el sentido filológico en que hablamos, no significa *idioma anterior* á otro, sino *forma más antigua conocida* en un idioma y *desconocida* en otro del mismo grupo, que se utiliza para colegir por comparación las evoluciones morfológicas en la lengua de formas más recientes. Vese fácilmente, que una vez deshecho el equívoco de la *antigüedad* en la comparación lingüística, cae por su base el tan ponderado argumento, el cual en el fondo presenta aún los dejos de la vieja preocupación de la *maternidad glotológica* india, y obedece evidentemente al mismo erróneo principio de tomar la *forma más antigua* conocida en una familia de lenguas, como la *lengua más antigua* de la familia.

Pero si por un momento dejamos aparte la confusión señalada de la antigüedad de formas con la antigüedad de lenguas, puede decirse que aun atendida la *antigüedad de estirpes*, no se sostendría el razonamiento de la preponderancia lingüística asiática sobre la europea en la familia aria; porque si la rama europea se ha conservado menos, según la opinión dicha, por haberse separado primero que el indio é indo-eranio del tronco común asiático, no puede en manera alguna sostenerse que sea menor el arcaísmo de las lenguas europeas que el de las asiáticas; pues por el hecho mismo de suponerlas primeramente desprendidas que las demás, viene de una manera implícita á reconocerse el *enlace* y *paralelismo* de la rama separa-

da con una fase más antigua del tronco lingüístico protoario correspondiente á la época de su separación; por esto, mientras las lenguas no desprendidas del centro común continuaron con la evolución y transformación de dicho centro, las lenguas separadas quedaron en el grado evolutivo menos avanzado, y por lo mismo más primitivo de la familia. He ahí por qué puede legítimamente sostenerse que las lenguas arias-europeas son de estipe más antigua que las lenguas arias asiáticas, y que lejos de probarse que el celta, el germánico, el griego, el leto eslavo, son formas menos conservadas del tronco indo-europeo, debe, por el contrario, decirse en la teoría mencionada, que en su tipo fundamental son formas más originarias y primitivas del mismo tronco.

Por otra parte, un procedimiento legítimo de *comparación de fases lingüísticas* evidencia que no puede probarse la superioridad ario-asiática sobre la rama ario-europea; porque es evidente que los idiomas no pueden compararse sino tomando cada uno en los documentos correspondientes de una misma época, ya que de otra suerte el paralelismo sería insostenible y arbitrario; ahora bien, es sabido que de la época á la cual se remontan los documentos del sánscrito y del zend, no existe documento alguno para la rama ario-europea, y por consiguiente la comparación no puede establecerse entre ésta y la asiática, faltando como falta uno de los términos necesarios, ni menos puede concluirse cosa alguna sobre la prioridad de una ú otra. Pero insistiendo lógicamente en el mismo principio comparativo, lo que no puede ser medio de prueba para la hipótesis *asiática*, conviértese en argumento en favor de la hipótesis *europaea*; porque no sosteniéndose paralelismo, como queda dicho, de épocas antiguas, por falta de documentos en uno de los extremos, deben confrontarse ambas ramas lingüísticas por medio de los documentos de una y otra que aparezcan coetáneos, y por lo mismo, hay que venir hasta la época moderna en la comparación. Y si tomamos según esto para comparadas entre sí las formas dialectales, por ejemplo, del indio actual derivadas del sánscrito y las del actual lituano, las del persa moderno y las del germano nórdico, hallamos que ofrecen mucho mayor arcaísmo las aludidas lenguas ario-europeas que las correspondientes ario-asiáticas, y que nos permite aún hoy alguno de

los idiomas europeos, como el lituano, disputar la primacía de arcaísmo morfológico al mismo sánscrito primario.

Por último, la Gramática comparada demuestra hoy claramente que aun en la *antigüedad relativa* de formas, y como término comparativo de ellas independientemente de la antigüedad de lenguas, la rama ario-asiática no puede decirse en absoluto mejor conservada que la ario-europea; y si en aquella aparece mejor el tipo general morfológico que permite confrontar los miembros de la familia, el tipo del vocalismo indo-europeo preséntase en cambio mucho más alterado que en lenguas de nuestro continente, de las cuales alguna, como el griego, ha servido para corregir la fonética indo-erania en orden á la lengua protoaria, como en otro lugar advertimos, y para restituir por obra especialmente de los neogramáticos, parte integrante de sus elementos al vocalismo primitivo. Cualquiera, pues, que sea el punto de vista en que nos coloquemos para juzgar la superioridad lingüística asiática, habremos de descubrir que ésta es una simple apariencia incapaz de sufrir un análisis razonado y científico, siquiera tales apariencias hayan ejercido un influjo histórico indudable en la marcha de la Filología comparada, desde los momentos mismos en que se creía haber descubierto allí la lengua madre indo-europea, y merced á cuyos antiguos equivocados prestigios conserva todavía su ascendiente la rama indo-erania ante filólogos de renombre.

6.º Descartados así los principales fundamentos de la hipótesis *asiática*, los cuales, como se ve, ni tomados aisladamente, ni en conjunto hacen estable la tesis en cuyo favor se invocan, queda por vía de exclusión para sustituirla la hipótesis *europaea*, relativa al origen de los arios, los que, por consiguiente, en vez de pasar de Asia á Europa, ha de decirse fueron de Europa al Asia, saliendo de Europa originariamente la rama indo-erania en la familia indo-europea.

Ya Latham en su edición mencionada de la *Germania* de Tácito, presentaba como prueba en favor del origen europeo de los arios la enorme diferencia que existe entre la multitud ariana de nuestro continente y el pequeño grupo que aparece en Asia. Porque es seriamente verosímil en todo caso, y mientras otro género de consideraciones no haga pensar otra cosa, que del núcleo social mayor y más consolidado resulten des-

prendidas las agrupaciones menores, y no viceversa, que el grupo menor dé origen al grupo mayor, cual hubiera acontecido de ser verdadera la hipótesis asiática. Añádase á esto, que los ario-asiáticos no sólo aparecen inferiores en territorio, sino que constituyen un sencillo grupo homogéneo lingüístico, el de los indo-eranos, mientras los ario-europeos abarcan todas las variedades que representan los griegos, italos, celtas, germanos, lituanos y eslavos; y es siempre más legítimo pensar que aquel grupo único y homogéneo sea uno de tantos anillos que formaron parte del grupo múltiple y heterogéneo, en el cual pudiera incluirse aún salvada la diversidad territorial de continentes, que no decir lo opuesto, ó sea presentar la multitud heterogénea como una serie de anillos desprendidos de la pequeña unidad homogénea indiana. Pensar de otra manera, sería como si encontrando en una región un tipo único de una especie zoológica común en otro próximo territorio, hubiéramos pretendido atribuir á este único ejemplar la importación de toda la especie, en vez de explicar por la especie del territorio vecino la presencia aislada del ejemplar mencionado. Y es de advertir, como nota Taylor en su *Origen de los arios*, reforzando el razonamiento de Latham, que los ario-asiáticos se hallan especialmente unidos á los ario-europeos por su afinidad con las dos estirpes helénica y eslava, de tal suerte, que colocada la estirpe indo-erania entre ambas, viene á cerrarse perfectamente y sin solución de continuidad el círculo efectivo de las lenguas indo-europeas sin salir de Europa, mientras que procediendo á la inversa, intentando hacer centro de las agrupaciones arias el indo-eranio, nos hallamos con una pieza aislada en derredor de la cual es menester hacer girar un círculo *ideal* hipotético, y sin embargo, con influencia *real* á *distancia* sobre la distribución encadenada que de hecho presentan los idiomas de Europa en su distribución, en el cual círculo efectivo, como queda dicho, no se echa de menos sino justamente el indo-eranio, cual estirpe que se ha alejado. No cabe comparación entre la inverosimilitud de esta segunda hipótesis y las probabilidades de la primera.

Es, además de esto, de considerar que si en nuestro continente quedaron y aun subsisten restos de población extraña á la estirpe aria, el arianismo háse extendido y ha penetrado

tan íntimamente en las regiones europeas, que de no existir indicios de otras gentes y lenguas que precedieron, dijérase el lenguaje primero nativo y propio de toda la antigua Europa, por la fusión absoluta, ó casi absoluta de elementos anarios. Por el contrario, el arianismo en Asia presenta todos los caracteres de algo adventicio y de extraño origen. Los *arios*, como lo indica su nombre, van allí á ser la *gente por excelencia* que pretende imponerse con esfuerzos reconocidos y que tiene que mantenerse dentro de sus *castas* para conservar la integridad de su estirpe y el carácter de dominadores que les distingue; el ario asiático permanece aislado, infecundo y como aprisionado en medio de poblaciones anarias, á las cuales no ha conseguido imponerse, mientras el ario europeo domina como en propio territorio, y como señor nato de toda Europa. Ahora bien, dado que los arios asiáticos hubieran habitado aquellas regiones como nativas y de su origen por los miles de años que en ese caso es necesario afirmar llevan en Asia, sería verdaderamente extraño y singular que no consiguiesen mayor expansión y un carácter más propio y asegurado; y más extraño é inverosímil sería todavía, que mientras en su propio país asiático los arios permanecían como extranjeros, consiguiesen en país ajeno, de cultura propia y lenguaje múltiple, como el continente europeo, adquirir carta de naturaleza y soberanía plenísima é indiscutible. Sin duda alguna pudiera compararse la situación de ario en Asia, á la del lenguaje europeo en las colonias que las naciones de Europa poseen en las diversas partes del mundo, donde la lengua se mantiene en esfuerzo constante contra las incursiones indígenas; y si sería ilegítimo invertir el orden de cosas, atribuyendo á las colonias el origen del idioma de sus respectivas metrópolis, no lo es menos creer en un origen asiático del lenguaje de Europa.

No hemos de mentar aquí las dificultades verdaderamente grandes con que se tropieza en la hipótesis asiática para señalar el camino de los arios hacia Europa; porque ó ha de acudirse á señalarles el paso por las montañas inaccesibles, ó ha de decirse que los arios han pasado como de incógnito las extremidades europeas, toda vez que en ninguna parte como en ellas quedan restos de las poblaciones prearias, según hemos indicado. Pero hemos de fijarnos en las corrientes europeas hacia el

Asia, porque en la negación de su existencia ha querido fundarse un argumento en favor de la hipótesis asiática. Ya Heha, combatiendo la teoría europea de Latham, oponía á éste que era absurdo suponer que mientras las grandes emigraciones históricas vienen de Asia á Europa, la más antigua é importante de todas se ejecutó en sentido contrario; cosa que, como añade Kiepert, discurrendo de la misma manera en su *Lehrbuch der alter Geographie*, es contra la *general analogía* sobre la cual ha de fundarse la verdad del advenimiento ario. Mas á todo esto, advierte Michelis en su *Origine degli arii*, había ya contestado d' Omalius d' Halloy, observando que en el curso de los tiempos históricos no sólo la expansión asiática es muy inferior á la europea, sino que esas mismas invasiones asiáticas fueron siempre tumultuosas y sin efectos etnológicos, generalmente de pueblos turanios y mongoles, pudiendo, en cambio, Europa presentar en su activo de esos mismos tiempos históricos las colonizaciones griegas, las conquistas macedónicas, las galáticas, las romanas, y luego las eslavas, etc. Se ha observado también, que mientras de los pueblos ario-asiáticos, que hayan llegado á Europa, no pueden citarse más que los Alanos y Zingaros, apenas existe pueblo europeo que no haya llegado al Asia, donde algunos, como los eslavos, han venido á constituirse con carácter permanente. Y esta tendencia de corrientes europeas hacia el Asia, hoy universalmente reconocida —allgemein anerkannt— dice Kretschmer, hablando de la etnología de los tracio-frigios (*Einleitung*, etc.), revélase desde los tiempos más antiguos, como lo manifiesta el hecho de la población aria-europea que de antiguo, bien que no como primitiva, hállase en el Asia Menor constituída por Frigios y Armenos, y todos los datos de civilización importada de nuestro continente en Asia. No menos confirman esto mismo las manifiestas relaciones etnográficas de los pueblos *Scytas*, del norte de Europa, con los Medo-Persas, los cuales aparecen como originados por aquellos, siendo muy probablemente dichos Scytas los que sirvieron de medio para la transmisión é introducción de los arios en Asia. «*Persae qui sunt originitus Scytae*,» escribe Amiano Marcelino. «*Scytae, Parthos Bactrianosque condiderunt*,» dice Justino, compilador de Trogo Pompeyo. Scytas eran los que por los siglos VIII y VII a. J. C.

verificaban sus incursiones en el Asia Menor, llegando á poner en peligro el reino de Lidia; Scytas los que invadieron la Media en tiempo de Ciajares, y contra ellos se dirigieron especialmente las expediciones de los reyes Aqueménides para impedir sus frecuentes acometidas al imperio persa; «no es imposible, añade Michelis, cuyas son también las indicaciones precedentes, que la tradición conservada por Justino de una antiquísima dominación de los Scytas sobre el Asia occidental, y la referida por Beroso de una dinastía aria que habría gobernado por más de dos siglos en Babilonia, en los tiempos de Zoroastro, se refiera de un modo vago á la época en la cual las estirpes ario-asiáticas se proponían extenderse por el Irám y regiones circunvecinas.»

Pero aunque no existieran datos positivos de las invasiones arias en Asia, no por eso podría concluirse cosa alguna contra la hipótesis europea; porque es una idea equivocada y de pura fantasía, como ya se notó tiempo há (*Cattaneo, Sul principio istorico delle lingue europee* lo advertía en la primera mitad del siglo pasado), figurarse la expansión aria como una emigración étnica fija, compacta y que marcha con impulso irresistible á la conquista, cuando á la inversa, debe considerarse como una difusión de colonias paulatina y sucesiva que verifica insensiblemente la asimilación glotológica á través de los pueblos anarios, y que por lo mismo pudiera haberse realizado sin que se patentizase de una manera definida su invasión asiática. Nótese también, que por más habituados que estemos á mirar la cultura del Asia como muy antigua, hay en ello indudable exageración, como se desprende de lo que en otro lugar queda dicho sobre la literatura india, y lo manifiesta el hecho de que la misma historia europea es más vieja que la historia asiática, por lo cual fácilmente se explica la invasión europea en Asia sin que de ella nadie haga mención alguna; pues dado que la historia de la India no se remonta más allá del siglo VI a. J. C., la de la Persia más allá del VII, y la de la Media más allá del VIII, con que la invasión aria al Asia se hubiera efectuado sólo quince ó veinte siglos antes de la Era cristiana, que no es ciertamente cifra exagerada, tendríamos espacio hartó suficiente para explicar la transformación lingüística y el establecimiento de los arios

en Asia, y el silencio que acerca de aquella época se advierte en dicho continente. Nada hoy, pues, puede invocarse con seriedad en favor de la hipótesis asiática, antes bien los indicios todos permiten asegurar que Asia más que como *cuna de los arios* pudiera decirse su tumba, y término fin de sus evoluciones.

7.º Todo lo que se refiere á los *arios*, ya se considere en orden á su *patria primera*, á su *primitiva estirpe* y demás que pueda ser estudiado en ellos directa ó indirectamente como *prototipo indo-europeo*, ha de tomarse en un *concepto relativo*, y no en un sentido *absoluto* de prioridad antropológica ó lingüística, ó ambas cosas á la vez en las regiones ario-europeas y ario-asiáticas en que aparece constituido el arianismo. No se trata, pues, en rigor de un origen primero, ni de un territorio primero, ni de un pueblo y lengua primitivos, sino que más bien trátase de una *última etapa*, de un *último período* de la unidad étnica y lingüística de los protoarios, ó sea de los predecesores de los indo-europeos en la época inmediatamente anterior á su fraccionamiento tal como lo hallamos en épocas históricas. Significa esto que para trazar el cuadro del protoario no es legítimo el procedimiento de los que buscan los primeros orígenes de los pueblos ó identifican las conclusiones á que sobre este punto creen poder llegar, con las conclusiones referentes á los orígenes de los indo-europeos. Significa también que si de hecho han existido y existen todavía prejuicios respecto á los orígenes asiáticos de los arios, en los cuales se hacen intervenir de un modo ya implícito ya explícito las tradiciones acerca de la cuna del linaje humano en Asia, en manera alguna pueden legitimarse aquellos por estas tradiciones, ni hubieran en caso alguno de ser invocadas á tal propósito, de haberse tenido en cuenta la doctrina que venimos declarando sobre el concepto *relativo* de las antigüedades arias. Puede, en verdad, defenderse el origen primero antropológico asiático, sin que esto prejuzgue ni signifique cosa alguna para el origen inmediato de los arios, de igual modo que pudiera colocarse aquel primer origen en Africa ó en Europa, sin que por ello dejase de ser sostenible la hipótesis ario-asiática, siempre que otra clase de argumentos no la desautorizasen. No es, pues, necesario ni lógico recurrir á un supuesto enlace de los indo-eu-

ropeos con las generaciones primeras postdiluvianas, ó asentar como hace Lenormant, y con él otros muchos, que «se han de reconocer entre los descendientes de Jafet, en Europa, los griegos y los romanos, los germanos, los celtas, los escandinavos y los eslavos; en Asia, los persas, la aristocracia de los medas, los bactrianos y las castas superiores de la India.» Aparte de la cuestión de la *universalidad* ó no *universalidad* etnográfica del diluvio, y por consiguiente, de que la dispersión de las gentes tenga significación en nuestro caso, y prescindiendo de que la clasificación mosaica no alcance probablemente más que base geográfica relativa á los territorios conocidos por los hebreos, no sería admisible nunca que porque la raza caucásica fuese constituida por la raza *jafética*, los pueblos indo-europeos como tales hubieran de decirse nacidos en la dispersión, de no identificarse indebidamente el principio remoto de aquellos con la razón diferencial última que les caracteriza. Suponiendo ese primer origen asiático, tendremos que á él deben reducirse los *prearios* en la primera época de su dispersión por Europa, pero esto mismo equivale á negar que pueda sostenerse dicho origen respecto de los *arios* como tales, de no incurrir en la confusión de *arios* y *prearios* pasando por alto la incuestionable civilización precedente al establecimiento de los indo-europeos, y las generaciones y razas que anteriormente á éstos han atravesado nuestro continente. Pero además de eso, la procedencia asiática de la materia antropológica, por decirlo así, no incluye una determinación étnica concreta de las muchas que hubieron de producirse, y desde el momento en que Jafet, por referirnos á nuestro caso, aparece como tronco de pueblos *arios* y de pueblos *anarios*, ya no es dado atribuirle el origen inmediato ni de unos ni de otros en cuanto *anarios* ó *arios*, como no es legítimo tampoco pensar en la *formación* asiática de éstos mientras su *procedencia* del Asia no implica en manera alguna que allí residiesen para constituirse en el núcleo étnico-lingüístico ario y de allí extender su esfera de acción á las regiones europeas que domina. Tan es así, que el citado Lenormant, á pesar de las palabras mencionadas, no se ha creído, aunque no con mucha lógica, en el deber de hacer coincidir la estancia de los protoarios con la región de la Mesopotamia, ó sea con el lugar de la dispersión.